

noticia de que Nuredin amenazaba atacar con poderosas fuerzas el Sur de la Palestina; en una palabra, tuvieron que levantar el sitio. Los caballeros francos regresaron á Jerusalem, pero la escuadra griega durante su travesía hacía su patria fué deshecha en su mayor parte por una horrosa tempestad.

En el año 1170 descansaron las armas en el Norte de Siria, porque este territorio fué visitado por un espantoso terremoto. Trípoli y Laodicea sufrieron horrible suerte, y Antioquia quedó casi completamente destruida. Alepo, Schaizar é Hims quedaron asimismo reducidas á escombros.



Enrique el Leon y su esposa. Copias del mausoleo de Brunswich

Verdad es que Palestina escapó de esta desgracia, pero en cambio ejercieron en ella peores estragos las armas de los enemigos. Saladino asaltó y destruyó á Gaza, y sometió la ciudad de Ailah, en el mar Rojo, que los cruzados habían ocupado hasta entonces. Por lo tanto, los hierosolimitanos difícilmente hubieran podido resistir por mucho tiempo el empuje de los enemigos, si precisamente en aquel momento circunstancias particulares no hubieran prevalecido en su favor. En efecto, Saladino deseaba que su posición, muy independiente en Egipto, no fuese restringida por la intervención de Nuredin en los asuntos de dicho país, y por esta razón veía muy satisfecho que quedase en pie el poder de los cristianos, para que sirviese de algún modo de baluarte entre él y Nuredin. En su consecuencia, se contentó con devastar é inutilizar para la defensa los territorios fronterizos hierosolimitanos próximos á sus dominios, pero no fué mas allá; por esta causa no se trabó lucha alrededor de las grandes fortalezas, especialmente Krak y Montroyal, las cuales estaban situadas en las líneas principales que unían el interior de Siria con Egipto; y como también Nuredin estaba muy ocupado en otros puntos de su dilatado imperio, pudieron así los Estados cruzados prolongar su existencia por algunos años mas.

Pero los hierosolimitanos conocían que habían ganado poco con esto. Con sus propias y exclusivas fuerzas no podían ya hacer frente al peligro que les amenazaba; el Occidente romano, como se desprende de lo antes mencionado, no les dió ninguna esperanza inmediata de suministrarles grandes auxilios; por esto en el año 1171 se resolvió Amalrico á ir personalmente á Constantinopla á pedir otra vez

tropas griegas, de las cuales tan indignamente había abusado poco tiempo antes. Fué recibido espléndidamente; unas fiestas se sucedieron á otras; las curiosidades de la residencia imperial satisficieron su deseo de aprender; prometiéndosele con arreglo á un convenio, apoyarle con fuerzas del ejército, pero no se cumplió la promesa, por lo menos en seguida; y así, la situación de Jerusalem quedó aun despues de esto tan angustiosa y aflictiva como antes.

Es característica la cruzada de Enrique el Leon. Este poderoso príncipe salió de su patria á principios del año 1172, no precisamente con un ejército, sino mas bien con una brillante escolta de condes, obispos, caballeros y escuderos; llegó despues de varios rodeos á Constantinopla por la antigua ruta de los cruzados, y desde dicha capital se embarcó para Siria. De buena gana hubiera llevado á cabo algun hecho heroico en honor del Salvador contra los infieles; pero tanto el rey como los templarios se opusieron á esta atrevida empresa ante el temible poderío del enemigo. En su consecuencia el duque no pudo dar pruebas de su piedad sino por fundaciones y legados que hizo, y en el mismo año regresó á su patria. Hizo su viaje de regreso pasando por Antioquia en dirección al Asia Menor. El sultan Kilidsch Arslan II de Iconio, amistosamente dispuesto respecto de los cristianos, le acompañó al través de la península. Desde Constantinopla se dirigió por el mismo camino que había llevado en su viaje de ida.

La última época de la vida de Amalrico á que nos hemos aproximado con esto, se completó por dos acontecimientos fatales y odiosos. En la Cilicia armenia, el príncipe Malich, hermano de Thoros, se había arrogado violentamente la soberanía hacia poco tiempo. Estaba aliado con Nuredin, y trocó en hostilidad las antiguas relaciones amistosas de sus compatriotas para con los cruzados. Amalrico y Boemundo de Antioquia salieron á campaña contra él en el año 1172, sin conseguir grandes ventajas. Despues el jefe de los Asesinos, el «Viejo de la Montaña», anunció al rey por medio de un embajador, que estaba dispuesto á hacerse cristiano, si los templarios querían perdonar el impuesto de dos mil escudos, que sacaban á súbditos suyos que vivían en las cercanías de sus castillos (1). El anuncio no causó gran sorpresa, porque segun era fama, existía desde hacia tiempo cierta inclinación al cristianismo, tanto en el «Viejo de la Montaña» como en su gente, y Amalrico aceptó el ofrecimiento con tal alegría, que se declaró inmediatamente dispuesto á indemnizar de su propio tesoro á los templarios de la pérdida que su orden sufriese por tal concepto. Mas al regresar á su país el embajador del «Viejo de la Montaña», y estando ya en la frontera del territorio en que á la sazón tenían su principal asiento los Asesinos, á saber, las comarcas montañosas del Nordeste de Trípoli, le asesinó un caballero templario, y naturalmente hizo fracasar con esto todas las negociaciones.

Poco tiempo despues enfermó Amalrico de un ataque de disenteria y murió el 11 de julio de 1173. Cuando cerró los ojos, estaba el mundo mahometano en violenta conmoción. Nuredin se dirigía á Siria y Mesopotamia, para reducir á la obediencia con su espada á su vasallo Saladino, que se le había hecho demasiado independiente. Una victoria decisiva de Nuredin en Egipto no hubiera sido ninguna fortuna para los cristianos; pero lo que en realidad aconteció

(1) La terrible arma de los Asesinos, esto es, el asesinato de los hombres de importancia, arma ante la cual temblaban todos los monarcas, no era tan peligrosa para los caballeros de la orden, porque á todo caballero asesinado, aun cuando fuese el mismo Maestre de la orden, se le podía sustituir en seguida con alguno de sus compañeros. Apoyados en esto, los templarios adquirieron una importante y poderosa posición en frente de los Asesinos.

á la sazón, les fué mucho mas perjudicial aun, pues el 15 de mayo de 1174 murió Nuredin, antes de que hubiese podido empezar la ejecución de su último plan; y por mas que había sido tan grande enemigo de los cristianos, con su muerte dejó al puesto á otro mayor enemigo.

EL EMPERADOR MANUEL

El emperador Manuel exige una consideración especial, antes de que prosigamos la historia del reino de Jerusalem, porque sus hechos y desgracias alcanzaron altísima importancia en los destinos de toda la cristiandad desde mitad del siglo XII.

En el año 1147 le irritó fuertemente el ataque que dirigió Roger á las costas griegas, y como dos años despues logró vencer á los normandos en ruda pelea, principalmente en la reconquista de Corfú, proyectó entonces extender sus dominios por la parte del Occidente; esto es, establecerse por de pronto sólidamente en Italia, y luego obligar al Papa á que declarara, que la corona imperial pertenecía exclusivamente á los soberanos de Constantinopla. Sus aspiraciones se dirigían pues al alto fin de completar en lo posible, con la sumisión de los pueblos del Occidente, el gran imperio romano, que su abuelo y su padre habían procurado restablecer hasta sus antiguas fronteras en Oriente.



El emperador Manuel. Facsimile tomado del códice *De passagiis in Terram Sanctam* (Venecia)

Este fin era ciertamente inasequible, y tan pronto como se hicieron públicas sus intenciones, perdió Manuel sus mejores aliados en Europa, que eran los de la casa de Suabia, porque no querían ceder á los griegos ni un palmo de terreno del suelo italiano, cuanto menos la corona del imperio romano. Pero de todos modos hizo algunos progresos; pues estrechó á los normandos en su propio país hasta tal punto, que pidieron la paz y prometieron apoyarle con su ejército, cuando hiciese la guerra en Occidente; ganó aliados y partidarios en muchas ciudades de la alta Italia, las cuales se adherieron á él por su hostilidad contra los de la casa de Suabia, y finalmente el papa Alejandro III se prestó por lo menos á entrar en negociaciones respecto de la cesión del imperio romano á los griegos.

Pero el empuje conquistador del emperador Manuel no se dirigió solo al Occidente. En el Norte venció en sangrientas luchas á los príncipes serbios, y les obligó á darle un contingente para su ejército en todas sus guerras; triunfó varias veces de los húngaros, y ejerció en algunas ocasiones grande influencia sobre el gobierno de aquella nación; además entabló ventajosas relaciones con los príncipes de Halich y Kief. En el Oriente atemorizó á todos los pueblos con la fuerza de su brazo y la gloria militar de su ejército; queda ya consignado, cómo humilló á Reinoldo de Antioquia y Thoros de Cilicia: también se comprometió el primero á darle un contingente para el ejército, y segun documentos de origen bizantino hicieron esto mismo Balduino III, Nuredin y el sultan de Iconio. En cuanto al Sur, navegaron con este rumbo sus escuadras espléndidamente pertrechadas, la primera de las cuales la encontramos en tiempos del rey Amalrico, la cual unida á los hierosolimitanos llevaba intenciones de libertar á Egipto de la dominación de los musulmanes.

Durante algunos años estuvo el poder de los griegos en constante aumento. El territorio en que predominaba su influencia se ensanchaba sin cesar; los mas poderosos prínci-

pes del Oriente y Occidente se humillaban ante la fuerza superior de sus armas. Constantinopla formaba el centro mas floreciente del comercio de medio mundo. Allí había comerciantes de Babilonia y Mesopotamia, de Media y Persia, de Egipto y Palestina, de Rusia y Hungría, de Italia y España. Los mismos griegos se distinguían sobre los demás pueblos por el gran desarrollo de su industria, y la actividad de la vida intelectual estaba en perfecta armonía con el florecimiento de todos los intereses materiales. Esclarecidos retóricos y filósofos, teólogos é historiadores enseñaban y escribían en la antigua capital del movimiento científico. De los países mas remotos llegaban jóvenes de talento á estudiar en Atenas «la ciencia greco-romana.» Pero el clero iba á la cabeza de toda la cultura superior. En el Monte Santo (el Athos) se multiplicaba con rápido crecimiento el número de monjes piadosos é instruidos, y muchos obispos de aquella época poseían conocimientos que admiran por su gran extensión. En todo tomaba forma de un modo muy peculiar la mezcla del carácter occidental con el Estado bizantino. El nuevo emperador era, como ya hemos dicho, no solo un guerrero valeroso, sino también románticamente inspirado. Tomaba el aire de un caballero franco, cuando adelantándose buen trecho á su ejército atravesaba solo las líneas del enemigo, ó cuando volvía á todo galope desde donde estaban las tropas ya acampadas para sostener un fiero combate con los infieles, en honor de su esposa. Sus fuerzas militares se componían de soldados asalariados de todas las naciones, lo mismo que en tiempo de su abuelo. Hizo vasallos suyos á los príncipes cristianos, obligándoles á prestar el juramento feudal usado entre los francos, y llegó por este medio á establecer la obligación de que le dieran contingentes para su ejército en tiempo de guerra casi todos los enemigos humillados. Dió á los marinos y comerciantes italianos mas libertad de acción aun, que la que hasta entonces habían disfrutado en su imperio. Los venecianos, que, aunque opuestos á él en parte, le habían ayudado en la guerra de Corfú, recibieron por ejemplo un gran aumento en su barrio de Constantinopla; y los genoveses fueron atraídos algunos años despues á entablar amistosas relaciones con la corte bizantina, merced á un tratado de comercio. Recibieron asimismo un barrio en la capital, y quedaron sujetos, lo mismo que los pisanos, á pagar un derecho de aduanas de solo un 4 por 100 del valor de las mercancías introducidas. El gran número de italianos que residían poco ó mucho tiempo en los puertos del imperio, se naturalizaba en ellos, y así les daban rápido impulso. Al final del reinado de Manuel vivían, solo en Constantinopla, mas de 60,000 latinos, italianos en su inmensa mayoría; y por consiguiente, se comprende perfectamente que el emperador tratase de hacer entrar estas masas, hasta donde fuese posible, en el derecho comun de su Estado. Él los protegía al hacerlos *burgueses* segun la denominación que se les daba en el Occidente, y en cambio les exigía tributos, y les obligaba al servicio militar en defensa del imperio.

Pero aun cuando el Estado bizantino, tan heterogéneo, presentase por espacio de algunos años la apariencia de un Estado rico y poderoso, no descansaba, sin embargo, sobre bases sólidas. Las grandes victorias sobre los pueblos vecinos solo se llevaron á cabo á fuerza de las mas duras exacciones fiscales impuestas á sus propios súbditos, y fueron compradas estrujándolos hasta dejarlos exhaustos al fin. Además, aquella singular forma del vasallaje, la obligación por parte de los vencidos de contribuir con su contingente para el ejército no prometía tener larga duración; pero lo que influyó en peor sentido fué la absurda dirección general de la política imperial, que provocó casi deliberadamente peligros mortales, procedentes así del Oriente como del Occidente.

Ante todo aparecía esto claro en las relaciones con las repúblicas comerciales italianas. Los Comnenos habían tenido que hacer repetidas veces las mayores concesiones á los venecianos desde el año 1082, con el exclusivo objeto de ser auxiliados por estos en la guerra contra los normandos; pero habrían debido mostrar gran interés en conceder iguales franquicias, tanto á los pisanos, como á los genoveses, si hubiesen considerado ante todo, que estas burguesías rivales se habían de mantener en jaque mutuamente.

Entonces hubieran podido vigilar severamente y contener en fuertes límites su actividad colectiva en el imperio griego, según sus peculiares condiciones vitales. Pero la idea á que definitivamente se ajustó la conducta seguida con estas ciudades, fué únicamente la de si favorecían ó perjudicaban las aspiraciones de la corte bizantina enderezadas á adquirir poder en Italia. Manuel las favoreció mientras esperó obtener de ellas lo primero; en las demás ocasiones se condujo respecto de ellas con astucia y violencia; aprovechó especialmente la rivalidad de las unas contra las otras, y por este medio hasta provocó vivos altercados y combates en los barrios italianos de Constantinopla. Llegó á ser fatal en medio de este movimiento que los venecianos se creyesen dolorosamente amenazados en sus propios dominios por los avances dados por los griegos para apoderarse de Italia, y comenzaron á oponerse mas y mas á la política del emperador. Manuel se irritó por esto, y en su consecuencia dió de improviso la orden páfida de apresarse de una vez á todos los ciudadanos de Venecia que se hallasen en su imperio, y el 12 de marzo de 1171 fué ejecutada dicha orden en toda la Grecia. Solo en Constantinopla fueron apresados diez mil hombres; pocos fueron los que lograron escapar. En seguida los venecianos, arrastrados por el deseo de venganza, tomaron las armas sumamente excitados, pero por largo tiempo alcanzaron pocas ventajas, hasta que al fin se aliaron con los normandos, y amenazaron al emperador con peligros que no estaba dispuesto á arrostrar. En su consecuencia, devolvió la libertad á los ciudadanos apresados y confirmó la continuación del antiguo tratado comercial. Pero la actitud hostil, con que todo el Occidente miraba desde hacia mucho tiempo á la corte bizantina por su conducta con los cruzados, tomó naturalmente nuevo y extraordinario incremento con estos sucesos, y aunque Manuel no sufrió nada, sus sucesores fueron castigados del modo mas duro por todas estas perfidias.

Todavía la política imperial en el Asia Menor dió peores resultados que en Occidente. Allí debía haberse considerado como el deber mas imperioso, rechazar de un modo definitivo al interior del Asia á los seldyucidas de Iconio, enemigos que se hallaban, por decirlo así, en el corazón del imperio griego. Manuel los derrotó varias veces al principio de su reinado, y desde entonces dependía evidentemente de su voluntad el consentir ó no un Estado mahometano del lado acá de la cordillera del Tauro. Si hubiera empleado en combatir con perseverancia á Iconio los grandes recursos con que contaba su imperio en hombres y dinero, en vez de desparramarlos y malgastarlos en sus luchas con Italia y Hungría, Antioquía y Egipto, le hubiera sido posible conseguir el mas brillante resultado; esto es, reducir de nuevo toda el Asia Menor á la dominación de los cristianos. Mas el emperador, ambicionando otras conquistas, se cuidaba muy poco de los seldyucidas, mientras que éstos, por el contrario, hacían su negocio del mejor modo posible; pues no solo se iban asegurando y consolidando en sus propios territorios, sino que en todas las ocasiones favorables hacían incursiones en el imperio griego, y

unas veces destruían una fortaleza que pudiera ofrecer refugio á sus enemigos, y otras, incendiaban y saqueaban hasta donde alcanzaba su fuerza, sin perjuicio de lo cual tan luego como se veían amenazados por Manuel con la guerra, pedían perdón con la mayor insistencia, y prometían conservar sinceramente la paz en lo futuro. El emperador, por regla general, se calmaba con estas súplicas, porque no quería perder fuerza alguna en estos asuntos del Asia Menor, por parecerle de poca entidad. Una vez llegó á Constantinopla el mismo sultán Kilidsch Arslan II de Iconio, y prometió que los enemigos de los griegos serían sus enemigos, y los amigos de los griegos sus amigos; que jamás haría una alianza sin el consentimiento de Manuel; que entregaría al emperador sus mejores conquistas, y que le auxiliaría con todas sus fuerzas en el Este y Oeste, siempre que fuese necesario. Pero el sultán no pensaba cumplir sus promesas; antes bien dejó que sus feroces bandas penetraran otras muchas veces en el territorio griego, teniendo cuidado únicamente de no verse comprometido en una lucha formal con los temibles ejércitos imperiales.

Por fin, en el año 1176, perdió Manuel la paciencia, preparó todas sus fuerzas, rechazó con severidad las súplicas del sultán en punto á celebrar un nuevo tratado de paz, y marchó atravesando el Asia Menor por medio del territorio enemigo, á destruir de un solo golpe á los seldyucidas. Era demasiado tarde. En un desfiladero, cerca del castillo de Mirocefalon, en la Frigia meridional, su ejército, que marchaba en larga y estrecha columna, fué atacado de improviso por los enemigos y sufrió una completa derrota; el mismo Manuel escapó á duras penas de la horrible matanza. Fué este un combate, que trajo á la memoria el mas doloroso recuerdo de la batalla de Manzikert librada el año 1071. Entre los dos calamitosos días medió un mundo de grandes esperanzas y de amargos y merecidos desengaños. Despues de aquella primera derrota en las montañas de Armenia, se acudió en demanda de auxilio al Occidente, para que pudiese alcanzar otra vez al imperio bizantino siquiera la probabilidad segura de existencia. Los cruzados acudieron á este llamamiento, y con su ayuda lograron los griegos volver á establecerse sólidamente en Asia, hasta ponerse en estado de conseguir con fuerzas propias la completa sumisión de este territorio; pero la fatuidad imperial de los Comnenos desdeñó este modesto resultado. El lauro de la dominación del mundo los arrastraba con fascinador encanto, mientras que el enemigo, á quien despreciaban, reunía todas sus fuerzas en las elevadas llanuras de Frigia para dar un ataque decisivo. Por fin, en Mirocefalon perdieron completamente la esperanza de arrojar á los seldyucidas del Asia Menor, y al mismo tiempo se hizo también imposible para siempre el perfecto restablecimiento del imperio bizantino. Los triunfos que se habían alcanzado en Italia, Hungría y Siria se redujeron á la nada en aquel solo día de desastrosa batalla. Tampoco sirvió mucho mas, el que, tanto Manuel como sus oficiales y tropas, despues de haberse repuesto de la primera emoción causada por la terrible derrota, atacasen otras dos veces á los seldyucidas con su acostumbrada audacia. Solo consiguieron contener por algun tiempo el empuje de los enemigos. Pero en el asunto principal se había perdido la partida; y Constantinopla estaba desde entonces amenazada de mortales peligros, tanto por el odio arraigado de los occidentales, como por la poderosa hostilidad de los musulmanes.

El emperador Manuel no sobrevivió al triste giro que había tomado su soberbia empresa. Su energía se extinguió en los desesperados esfuerzos que le obligaron á hacer en cuerpo y alma los acontecimientos de los últimos años, y murió el 24 de setiembre de 1180, á los 58 años de edad.

El rey Amalrico dejó un hijo y dos hijas, Balduino, Sibila é Isabel. Balduino, que á los pocos días de la muerte de su padre recibió la corona del reino, estaba bien educado y poseía buenas facultades, pero no tenía mas que 13 años, y cuando llegó á la juventud, se desarrolló en él una espantosa enfermedad crónica, la elefantiasis, que le hizo casi incapaz de gobernar y por fin le llevó á la tumba. En el año 1173 fué necesario que un tutor tomase la dirección del Estado, y para ello ninguno pareció mas á propósito que el conde Raimundo de Trípoli, como cercano pariente de la dinastía y el mas poderoso feudatario de la corona de Jerusalén. Los grandes del reino en su mayor parte eran favorables al conde; solo se le opuso en actitud hostil Milon de Plancy, favorito del difunto rey. Hubo odiosas contiendas; Milon fué acusado de aspirar no solo á la tutoría, sino hasta á la corona; al fin se le quitó de en medio asesinándole y Raimundo obtuvo la tutela.

En tan triste estado se hallaban las cosas en Jerusalén, cuando el mayor enemigo de los cristianos sirios, Saladino, señor de Egipto, empezaba á prepararse contra ellos. Saladino procedía de una raza dotada de grandes facultades y guerrera. Su padre Eyub y su tío Schirkuh se habían distinguido extraordinariamente en el servicio de Zenki y Nuredin como hábiles partidarios y entendidos oficiales, pero su ejemplo fué perdido al principio para Saladino; pues éste pasó los años de su juventud en Damasco, contento con sus estudios científicos y con los amigos y compañeros que le ofrecía la grande y rica ciudad, y de ningún modo dispuesto á sufrir los peligros y fatigas de la guerra para adquirir altas posiciones.

Cuando, contra sus deseos, tuvo que acompañar á su tío á Egipto, se apocó tanto su ánimo, según él mismo dijo, como si le hubieran llevado á la muerte. Pero pronto se sobrepuso á esta impresión pasajera, sirvió de poderoso auxiliar á Schirkuh, y por fin llegó á hacerse soberano de todo el territorio del Nilo.

Igualeó á los grandes príncipes de Mosul y Alepo, que hasta entonces se habían hecho temibles á los cristianos, en ánimo guerrero, en dotes de general y en inquebrantable energía, consolidando y ensanchando los dominios una vez conquistados. Pero sobrepusó tanto á Zenki como á Nuredin por los caracteres especiales de su genio. Con respecto á sus súbditos fué un príncipe extraordinariamente generoso, bondadoso y afable, que no daba importancia á las apariencias de jerarquía, porque se consideraba seguro de poder imponer su superioridad en cualquier instante; pero ¡ay de los rivales y enemigos, que se atravesasen en su camino, ó hubiesen excitado su deseo de venganza! Los hacía desaparecer de la tierra por medio de la astucia y la violencia, y hasta los exterminaba con sus propias manos. Consideró como la tarea mas principal de su vida el aniquilar el poder de los cristianos en Siria; pero nada mas lejos de él que la cruel persecución de los vencidos. Desde Egipto no se circunscribían sus planes de dominación á los países principales del Asia anterior, sino que se extendían también al Oeste hasta los Estados de Occidente.

Despues que cerró los ojos Nuredin, tuvo, desde luego, que luchar Saladino para sostener su dominación en Egipto; pues los partidarios de los fatimitas se conjuraron contra él, y (según las crónicas musulmanas) llamaron á su auxilio á los hierosolimitanos, y además á los sicilianos y normandos. Lo que hay de cierto es, que en el otoño de 1174 estalló una insurrección en el Alto Egipto, mientras que al mismo tiempo llegó á Alejandría una poderosa escuadra siciliana y co-

menzó á sitiar la ciudad. Pero en ambos puntos alcanzó la victoria Saladino con poco trabajo. En cuanto á los normandos, á la noticia de su aproximación, se retiraron con tanta celeridad y tan desordenadamente á los barcos, que los enemigos que los seguían á toda prisa, lograron aun causarles grandes pérdidas.

Mientras tanto, el Estado de Nuredin en Siria y Mesopotamia se había dividido en varios territorios. El hijo único del sultán, Almelik Assalih Ismail, menor de edad aun, fué reconocido como soberano, primero en Damasco y luego también en Alepo; uno de los sobrinos de Nuredin, llamado Seifeddin, alcanzó gran poderío en Mosul y en los territorios adyacentes situados en la Mesopotamia; pero el hermano de este último, Imaddedin Zenki, aspiraba igualmente á la posesión de Mosul, y los oficiales de Damasco y Alepo estaban en tan amargas disidencias unos contra otros, que al fin una parte de ellos invitó á Saladino á que fuese á Siria, tanto para destruir á los enemigos, como para seguir con vigor la guerra contra los cristianos. Saladino, que ya estaba preparado, marchó á toda prisa á Siria con su ejército, en el otoño de 1174, y en el trascurso de algunos meses sometió á Damasco, Hims y Hamah por medio de la lucha y de las negociaciones, siempre aparentando que no luchaba propiamente para sí, sino por cuenta de su legítimo jefe, el hijo de Nuredin, que á la sazón residía en Alepo. También procuró ponerse en paz con los gobernantes de Alepo. Mas cuando el joven príncipe y sus partidarios se le manifestaron hostiles, y al mismo tiempo los del emir de Mosul le amenazaron con poderosas fuerzas, aceptó animoso la guerra abierta con todos estos enemigos, sitió repetidas veces á Alepo, derrotó dos veces en batalla campal á las tropas de Seifeddin en los años 1175 y 1176, é impuso una paz que le proporcionó la posesión de toda la Siria mahometana, á excepción del territorio de Alepo. Desde que se consideró independiente del hijo de Nuredin, acuñó moneda con su propio nombre y tomó el título de sultán. Poco tiempo despues castigó también á los Asesinos, que, excitados por los de Alepo, intentaron varias veces darle muerte, emprendiendo una campaña de devastación en el territorio de aquellos, en la cual les estrechó tan seriamente, que se avinieron á celebrar con él un tratado de paz con todas las formalidades requeridas.

Los cristianos habían observado con gran inquietud el súbito acrecentamiento del poder egipcio. El regente del reino, conde Raimundo, había salido ya á campaña en su consecuencia al frente del ejército de Jerusalén y Trípoli en el invierno de 1174 á 1175, con la esperanza de obtener algun beneficio de la lucha de Saladino con los herederos de Nuredin. Sin embargo, no supo aprovechar con la debida rapidez las ocasiones que para ello se le presentaron al principio, y al fin se contentó con obtener de Saladino un tratado, que devolvió la libertad á algunos prisioneros cristianos, pero en cambio comprometía á los francos á no poner óbice alguno á los egipcios contra Alepo y Mosul. A consecuencia de esto permanecieron inactivos los cruzados, hasta que Saladino alcanzó las victorias atrás mencionadas y regresó á Egipto en el verano de 1176. Entonces hicieron una expedición para saquear el territorio de Damasco, la cual les proporcionó rico botín, pero ninguna ventaja importante fuera de esto. Luego, llegó á Jerusalén un distinguido señor, el marqués Guillermo de Monferrato, tomó por esposa á Sibila, hermana mayor de Balduino IV, y por algun tiempo dedicó todos sus cuidados al Oriente en lugar del rey enfermo.

Sin embargo, de nada sirvió esto á los hierosolimitanos, porque el marqués cayó enfermo á los pocos meses de su llegada á Siria, y murió en junio de 1177 dejando á su espo-